

Pavo frío

El rostro oculto de la obscenidad

por Guillermo Baltar

"La única obscenidad que reconozco es la violencia".

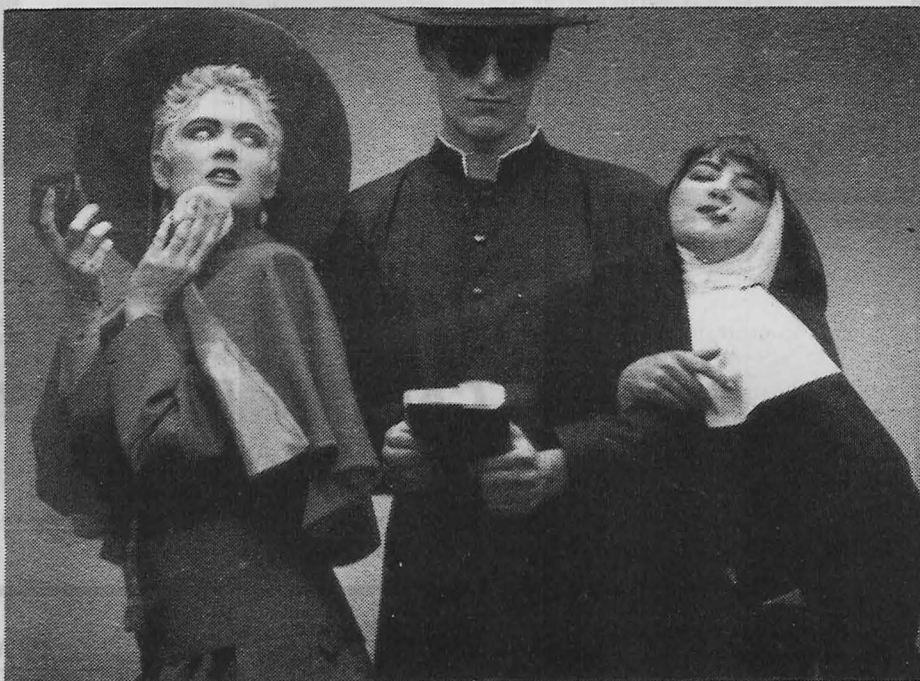
Jim Morrison

La violencia tiene rostros ocultos e infinitud de máscaras. Multiplica sus tentáculos según la voracidad de sus cómplices. La violencia no es sólo el movimiento físico. El golpe, la patada brutal, la picana certera, la corporización de sus actos. La violencia también es lo otro. Lo invisible. Lo que minuciosamente se incuba. Lo que el aparato tradicionalmente "educativo" se encarga de perpetuar.

La violencia no es sólo el ejercicio psicológico del delirio. Las ambiciones desmedidas del poder. La violencia no es sólo un "estado de insurrección", ni una definición fenomenológica del placer. La violencia es lo corrupto. El desenfreno del delito. Una pasión tortuosa. El más grande montículo de excremento que la humanidad ha defecado. La violencia es lo obsceno. Lo explícito y lo implícito de una sociedad descompuesta y atareada en sedimentar los arquetipos más estuporizantes de sus cimientos. Pero la violencia también está en aquellos que manipulan el silencio como fuente de información. El silencio es quizás la forma más sutil y refinada de representar a la violencia. Ya sea como agente de persuasión o de provocación. La violencia es un arma del poder. Una manifestación ideológica de la corrupción. Y el silencio es en definitiva, un privilegio de aquellos que detentan el poder. En su "Antología Ilustrada del Delito Bíblico" Ramón Ortiz del Valle describe minuciosamente la estrecha colaboración que a través de los siglos, la Iglesia ha mantenido con los centros de poder. Desde su formación como tal, pasando por la época de las cruzadas, el despotismo ilustrado, la santa inquisición, la guerra civil española la reestructuración del mundo contemporáneo de post-guerra, hasta el Concilio de Medellín y su indirecta o directa vinculación con la instauración, de la "Doctrina de la Seguridad Nacional". Y el silencio de las clases más altas de las jerarquías eclesásticas, (salvo contadas excepciones) constituye, una de las más terribles y escandalosas manifestaciones de obscenidad. En Puebla, las autoridades religiosas, consideraron a la pobreza de nuestros pueblos como "inhumana" (n.29) y "antievangélica" (n.1159). A ese estado de sometimiento, el Concilio de Medellín lo llamó "violencia institucionalizada" (Paz n.16). Pero del dicho al hecho, hay un largo trecho. La Iglesia funcionó (y funciona) como un organismo castrense, a través de las órdenes de su arzobispado, y se constituyó a lo largo de estos doce años en uno de sus mayores aliados, no sólo en nuestro país, sino en la amplitud desgarradora de la corrupción militar que se expandió por nuestro continente. En su libro, Ortiz del Valle efectúa una sagaz investigación en torno al papel que la Iglesia ha desarrollado últimamente y las vinculaciones de ésta con los distintos regímenes autoritarios de todo el planeta. Si se ha hablado de la existencia de una "internacional del terror", el citado autor aclara, que "tomado desde otro punto de vista, la actuación de la Iglesia, no dista mucho de aquella", una Iglesia con un amplio sentido "internacionalista", preocupada cada vez más por extender sus misas de poder. En el citado libro abundan las ilustraciones. En ellas, por ejemplo, no podemos evitar nuestro repudio al ver como el Gral. Videla, Massera y su séquito de forajidos eran captados mientras tomaban la eucaristía. Nosotros, mientras tanto,

y a pesar que nuestra curia, salvo excepciones (el SERPAJ), tendremos que agradecer por siempre a que Batlle y Ordóñez haya tenido la inspiración de separar los poderes del Estado de los religiosos, creando un Estado Laico y librándonos de una lacra eclesiástica cómplice, en la mayoría de los casos, de los genocidios internacionales. Pero cuántas conspiraciones del silencio existen o han existido? La conspiración cultural, por ejemplo. La conspiración de muchos de los medios de comunicación, el almacenamiento de datos o de informaciones que

cación será valioso sólo en la medida en que constituya un acrecentamiento de relaciones y no de artificios", escribe Philip Slater. ¿Pero en qué medida esa tecnología de la comunicación se preocupa de su posible red de "consumidores", de su estado de interrelaciones con un medio que en la mayoría de los casos les resulta desconocidamente hostil y hasta ignorado? "En las comunidades coherentes, la comunicación se destina en gran parte a descubrir cómo se siente cada uno con respecto a la crisis, cómo afecta ésta a la red total de relaciones y cómo puede



pasaron a engrosar las filas de las meras estadísticas o de simples puntos de referencia. ¿Qué es lo que sabemos, de qué nos enteramos? Existe también una especie de "ley de la demanda" entre lo que el público quiere saber y entre lo que se le informa. Bien, tendríamos primero que analizar que es lo que el público "medio" quiere o está dispuesto a saber y cuál es la información que estamos dispuestos a recibir. Sin duda, la mayoría de los medios de comunicación presumen, con acierto, de que ya el lector o el oyente, posee una especie de "mecanismos aprendidos". Entonces démosle lo que espera, démosle lo que es repercusión a escala mundial, démosle aquello que emocionalmente pueda provocar en él determinadas respuestas emotivas. La noticia se selecciona, se pule, se modifica su redacción y se comunica. ¿Pero cuánta información queda almacenada en los tachos de basura de las terminales de los teletipos, o cuánta de ella se suprime en nuestro medio, por qué no se ha fomentado en el público, el interés específico por determinados temas, que también de una forma u otra están vinculadas a los acontecimientos de la política y del pensamiento universal? En lo cultural existe la misma motivación castradora. El dogma ideológico en vez de aparecer como un elemento cuestionador, aparece en la mayoría de los casos, como un elemento especulativo y castrante. Se tocan determinados temas y se ignoran otros. Se impulsan determinadas actividades artísticas y se ignoran o se combaten otras. Pero casi siempre, operando desde el silencio, sin cuestionamientos válidos o con juicios críticos que motiven a un público atento e informado. Hasta el momento, la importancia atribuida a la tecnología de la comunicación se refería mayormente a "conquistar distancias", que es la misma empresa narcisista de siempre. El crecimiento de la comuni-

la comunidad afrontarla con los menores perjuicios para la red", concluye Slater. Aquí, las redes de la comunicación, que también son las de la cultura, se encargan preferentemente de conservar su "status", de mantener su rigidez informativa y de preservar un formal esquematismo de sus formas y canales de exteriorización. Ese es otro aspecto de la conspiración silenciosa que nos envuelve. Otra máscara de la violencia, otra forma de implacable obscenidad. Por aquí la información se

oculta o se ignora o surge desfigurada. Los que detentan el poder de la "cultura oficial de la izquierda", curiosamente se dan la mano, con la otra "cultura oficial", la del Estado, tomándolo a éste, como ese gran "ogro filantrópico" tal como lo definiera Octavio Paz. Y eso se ve claramente cuando aparece alguna variante cultural contrapuesta a sus propios y respectivos intereses políticos. No surgen propuestas de cuestionamientos de estos, sino que siempre se tratan de cortar de raíz, contraponiéndolos a los postulados de sus "ideologías". En nuestro país, por ejemplo, hace tan sólo un poco más de un año y medio atrás, cuando un grupo de jóvenes nucleados en torno a una expresión musical que les era común, el rock y a una estética que en mayor o menor medida lo identificaba, el "punk", no faltaron las voces que calificaran a estos jovencitos de "patologías sociales", y de estar culturalmente colonizados. La izquierda y la derecha se dieron la mano y la represión policial y pública cayó sobre ellos. Otra conspiración del silencio. Los que en nombre de ellos (los "punkies") cometieron destrozos en algunos liceos y tuvieron desmanes con algunos alumnos y alumnas, nunca fueron "oficialmente" identificados. La izquierda culta —parte de su "intelligentsia"— no se ocupó de ello, quizás por estar más que nada, preocupada por arrastrar el propio peso de su obesidad. Esa es otra versión de la conspiración del silencio. Eso es lo obsceno de esta lamentable *rockedia* que diariamente nos toca vivir. Porque las patologías sociales son otras. Es el desempleo, la delincuencia juvenil, la falta de un plan nacional de salud, la no desintegración o revisión de las brigadas represivas y de los servicios de inteligencia. Las patologías sociales son los trastornos que todos hemos sufrido tras los años de dictadura. El miedo a la represión, a esbozar palabras en voz alta, el desequilibrio mental y físico de muchos. Potencialmente la dictadura se encargó de crear un país de asesinos o suicidas, detrás de una imagen sumisa y descolorida. Porque suicidas son en la mayoría de los casos aquellos que ya prácticamente no tienen nada por perder, y aquí lo hemos perdido prácticamente todo, hasta la decencia de ser, por lo menos, ciudadanos correctamente informados, y no corderos engrosando el rebaño de la mediocridad. Pero mientras tanto, adelante, el show debe continuar. Aún obscenamente, en este caldo de malos cultivos. ①

El modelo del Presidente José Sarney

El culturema

por Carlos Ruiz

En nuestro país llevar adelante un proyecto cultural significa que el autor se transforme en un cazador y tenga que salir a correr las ilusiones buscando apoyo económico, hasta que por fin, reduciendo sus miras por la falta de financiación, termina cazando un cobayo, que es ni más ni menos que la pérdida de la calidad al reducir las posibilidades de investigación, siendo la comunidad en definitiva la única que se perjudica.

Cuando me refiero a un proyecto de investigación, me estoy refiriendo a la totalidad del mismo, su concreción en un resultado final, que puede estar dirigido tanto al teatro, cine, ediciones de libros, música, danza, como cualquier otra manifestación artística.

Financiación estatal o ayuda privada

No hay nada nuevo sobre ma-

teria de impuestos o formas sustitutivas de estos, que tiendan a modificar un panorama cultural con otra intervención que no sea la estatal.

Pero sí, tenemos sorpresas, cuando se toman resoluciones que pueden modificar la visión de la crítica situación que vive Latinoamérica a nivel cultural en todos sus órdenes, cuando un país de la importancia de Brasil toma una iniciativa en ese sentido.

A través de la conferencia de prensa realizada el 26 de junio ppdo. en Cinemateca, por dos destacados cineastas brasileños, Geraldo Sarno y Tomas Farkas, nos enteramos del panorama de la industria cinematográfica de su país, y también de la búsqueda de soluciones a los problemas en el ámbito de la cultura en general.